

Orígenes de la guerra

Hay mucha gente que discute sobre cuál es el origen de esta guerra. De esa discusión han salido dos opiniones principales, aparte de otras, menos importantes. Una de esas opiniones asegura que la guerra tiene su origen en la discrepancia moral y espiritual que existe entre los regímenes totalitarios y democráticos. El régimen totalitario quiere suprimir la libertad humana y convertir al hombre en un número, en una ficha, en un ente sin valor alguno. El democrático, al contrario, quiere conservar esa libertad y, más aún, dignificar cada vez más al individuo humano. La otra opinión asegura que todo eso es una filfa y que esta guerra es una guerra imperialista, una lucha entre los capitalismo de las grandes potencias. No se trata ya de una guerra por mercados, de una guerra comercial, sino que de una guerra económica total. El totalitarismo y el democraticismo no son más que caretas con que el capitalismo oculta su verdadero rostro.

¿Cuál de esa gente está en la razón? No nos atrevemos a decirlo. De que una u otra parte esté en la razón, depende, sin embargo, el porvenir del mundo actual. Si la guerra tiene ese origen de carácter moral y espiritual que le atribuyen algunos, el mundo actual continuará existiendo, ganen unos o ganen otros. Pero si no es así, si la guerra tiene un puro carácter económico, el mundo actual, ganen unos o ganen otros, desaparecerá, no la humanidad, por supuesto, sino que la estructura económica y social en que hoy vivimos.

--Pero -- argumenté a un señor que me aseguraba esto último --, ¿no es posible que los capitalistas se entiendan entre sí y lleguen a un acuerdo?

--La visita de Hess a Inglaterra -- me contestó el señor -- no tenía otro objeto: proponer a Inglaterra la paz entre Alemania e Inglaterra y la guerra de ambas contra Rusia. Pero Inglaterra, que está en me-

jores condiciones, rehusó: no le interesa conquistar nada y lo único que desea es conservar lo que tiene. Claro es que habría podido aceptar la paz y dejar que Alemania se las entendiera sola con Rusia, pero entonces, negando su ayuda a los rusos, habría permitido que el enemigo creciera bajo sus propias barbas y con su visto bueno, cosa que de ningún modo le convenía.

--Pero, entonces...

--Los "entonces" y los "por qué" que todos podemos proponer para salvar la situación, tienen delante de sí una muralla mucho más infranqueable que la de China, que ha resultado ser menos infranqueable de lo que se decía. Esa muralla está formada por los intereses creados. La gente que defiende esos intereses no ve más allá de los suyos y le importa un comino lo que pueda suceder al que defiende otros intereses. Su ceguera llega a tanto que no se da cuenta de que la suerte de su enemigo puede ser la suerte de él mismo. Claro es que si se tratara de un match de box o de una pelea entre borrachos o indios de la selva, la cosa no tendría mayor importancia. Tratándose del capitalismo, que es la base de nuestro mundo, el asunto tiene caracteres de tragedia, es decir, son las raíces las que pelean, las bases, los cimientos, y si en un árbol son las raíces las que se destruyen entre sí y en un edificio son los cimientos los que chocan unos contra otros y se deshacen, ¿qué le sucederá a la estructura total?

--Así es que usted cree...

--Yo no creo nada. Observo, nada más.

Manuel Rojas